

Primera parte

Loveville



## Miedonautas

No había barco. No había tripulación. Tan solo un sueño compartido, frágil como una burbuja en un mar infinito. Y no había mar, solo ondas de espacio y tiempo: la eternidad sin fondo, sin orillas.

Y música de los Beatles.

Suspendido en las profundidades como un negro pensamiento, el buque de los Estados Unidos, el Sin Nombre, resonaba con los opacos acordes de *Eleanor Rigby*. En el interior de su vasto casco, todos nosotros escuchábamos con el mismo nivel de atención, igual de inertes, ya fuese enteros o en pedazos, pero inmóviles como cadáveres en la asfixiante oscuridad, enterrados como fósiles entre las raíces de un árbol, que era en lo que el barco se había convertido: en un simple organismo de carne y metal helados, extremidades azules mezcladas con acero azul, órganos con tuberías, tendones con cables, huesos con abrazaderas. La carne persistía, la carne era permanente; el metal, de algún modo, lo era menos. El agua se colaba y se acumulaba, negra, en el pantoque.

En aquel ambiente sin aire, una pátina de óxido azul que avanzaba poco a poco se hacía más evidente durante el día... al menos en las zonas en las que las luces aún funcionaban. A nadie le importaba. En alguna parte se produjo un cortocircuito, muchos, y no se atendió ninguno; los equipos de mantenimiento

de vida eran ignorados y no funcionaban... Porque no quedaba vida alguna que mantener.

No importaba mientras el reactor siguiese funcionando, la hélice girando y la música sonando. Aquella música ponía de manifiesto nuestra humanidad residual; era el sonido de la esperanza, la esperanza de encontrar a los vivos y aliviar sus congojas mortales, los malditos buscando a los condenados y extendiendo la semilla de la salvación ménade... antes de que fuese demasiado tarde. Tal era nuestra misión.

Éramos misioneros.

De repente, la música se detuvo. A varias millas de distancia, a lo lejos, en el vacío, procedente del mundo de luz y aire, se oyó un nuevo sonido, una profunda vibración electrónica lo bastante grave como para poder detectarla incluso a través del agua. Un sonido especialmente creado para ser percibido por los submarinos: una señal de radio de frecuencia ultra baja.

En el vientre del barco se oyó una voz oxidada, quebrada:

—¿Escucháis?

—Sí.

—Suena como una invitación.

—Respondamos.

La reluciente superficie azul del mar se extendía en todas direcciones hasta la fina circunferencia del horizonte, y las olas rodaban en largos regimientos bajo el sol. En medio de aquella enormidad, un mástil con motas de jirafa emergió del agua: la antena de radio del barco. Escaneó el cielo en busca del menor susurro electrónico e inmediatamente se decidió por la señal más fuerte. Esta fue dirigida a la consola AV de la garita de radio, donde Reggie Jinnah la reprodujo para un número reducido de oyentes entre los que se nos incluíamos el capitán Harvey Coombs, la doctora Alice Langhorne y yo. Todos xombis. Los compañeros de Reggie, otros tres músicos anglo-pakistaníes que antes formaban una banda tributo a los Beatles conocida como The Blackpudlians,

aguardaban al fondo, pues habían estado usando la sala como estudio de música improvisado.

En la pantalla de vídeo pudimos ver la imagen de un hombre. Era un hombre que me resultaba muy familiar, un hombre al que no habíamos visto desde el auge de la pandemia de agente X y al que no esperábamos volver a ver nunca más. Un hombre al que había visto pegarse un tiro en la televisión nacional.

El título superpuesto rezaba: «Presidente de los Estados Unidos». —Sube el sonido —dije.

—Lo siento. —Reggie pulsó un interruptor. Entonces pudimos oír la tan familiar voz del presidente.

—... hora de corregir los errores del pasado. Estamos reconstruyendo la humanidad alma a alma, del mismo modo que estamos reconstruyendo la civilización ladrillo a ladrillo, y podemos escoger la clase de sociedad que queremos. ¿Queremos otra sociedad condenada al fracaso? ¿Una sociedad basada en el miedo y las mentiras? ¿O queremos una basada en la razón y la verdad? No una sociedad de explotación, corrupción y desperdicio, sino una federación de pueblos libres en los que prevalezca la regla de oro;<sup>1</sup> una sociedad en sintonía con la naturaleza, que funcione sobre los principios ecológicos de la energía limpia y la agricultura de subsistencia y sirva a los objetivos superiores de la humanidad, para cuyo logro todos compartiremos tanto la carga como los beneficios que conlleva. Si están oyendo esto, quedan invitados a unirse a nuestro gran empeño. Estamos en el corazón de Washington D. C., en un lugar al que llamamos Xanadú. En Xanadú hemos aprendido a vivir en armonía con los xombis, así como entre nosotros, no como adversarios ni explotadores, sino como conciudadanos de la Tierra, celebrando la diversidad de todos los seres, ya que todos los seres representan un papel valiosísimo en la construcción del futuro. Si aún viven con miedo, odio o desesperanza, únense a nuestra creciente familia y aprendan el significado de la libertad...

---

<sup>1</sup> N. de la t.: Aquella que promueve que ha de tratarse a los demás como uno quisiera ser tratado.

A aquel discurso siguió una larga sucesión de rostros atractivos (de hombres, mujeres y niños) de muchas razas, estilos y físicos que decían lo mismo: «Yo soy Xanadú». Al final, volvía a aparecer el presidente, que cerraba diciendo:

—Somos Xanadú, y te damos la bienvenida.

—A mí me suena de puta madre —dijo Reggie—. ¿Dónde hay que firmar?

## Dos chicos muertos

Dos chicos perdieron el barco.

A diferencia de sus compañeros, Todd y Ray no estaban ni muertos ni no muertos. Estaban vivitos y coleando, muchas gracias, aunque un observador superficial podría no deducirlo por su fantasmagórica apariencia. De hecho, a dicho observador habría que disculparle un escalofrío involuntario al ver a dos indescriptibles monstruosidades como Todd Holmes y Raymond Despineau.

Pero no había observadores, ni superficiales ni de otro tipo, para estremecerse o deducir nada. Aparte de los dos adolescentes, toda la orilla del río estaba desierta. Ni un solo humano ni exhumano caminaba por sus riberas urbanizadas. El lugar había quedado limpio de habitantes. Vivos o muertos, de sangre roja o azul, todos habían acabado atrapados en el reciente Waterloo de los Segadores y habían desaparecido río abajo en dirección al mar.

Todos excepto Todd y Ray, que habían perdido el barco.

Os describiré el aspecto que tenían: imaginad un par de muñecos de trapo de dos metros; monstruosidades con cabeza de calabaza, agujeros negros a modo de ojos y bocas enormes y desiguales. Unas costuras similares a cicatrices recorrían sus cuerpos, rematados con brillantes grapas metálicas. Su carne desnuda y venosa estaba extrañamente activa, parecía un absurdo

edredón acolchado de remiendos de piel, algunos con pelo, otros sin él; algunos con pezones, lunares o pecas, orejas o rostros, y algunos sin nada; pero todas y cada una de las partes vivas, con tics, temblores y espasmos epilépticos; varios metros cuadrados de carne entrecortada y alborotada con la animada energía de la citosis ménade: el agente X original.

Al igual que la belleza, esta fealdad era únicamente superficial. Era una carcasa de tejido no muerto que se aferraba a los cuerpos de ambos chicos, protegidos por una malla, como una gruesa excrecencia de coral vivo; un traje de poder literal que amplificaba sus fuerzas hasta proporciones ménades. Pero ese era el objetivo secundario del atuendo de los Segadores. El propósito principal era permitir a los chicos moverse entre los xombis con tranquilidad. Se trataba de un camuflaje.

Cada traje había sido confeccionado (siguiendo un patrón a partir de xombis atrapados vivos) y vestido por uno de los soldados de los moguls durante sus batidas en busca de provisiones. Todd y Ray habían robado aquellos horripilantes trajes de despojos para poder escapar y, finalmente, se habían visto atrapados en el interior de sus truculentos vehículos de escape. Ahora todos los Segadores estaban muertos, su barcaza hundida, y el submarino, que era la última esperanza de los chicos, no era más que una trampa atrapamoscas flotante, una caja de Pandora de ciento cincuenta metros. Tras haber presenciado la aniquilación de los Segadores, los chicos no estaban nada seguros de querer acercarse a aquella cosa... hasta que se dieron cuenta de que la única alternativa era ser abandonados en aquella tierra de nadie que era Providence, Rhode Island.

Genial.

—Esto no mola nada, tío —gruñó Ray, contemplando al submarino desaparecer en la distancia. Fuese o no el barco del infierno, obviamente había algún tipo de control inteligente al timón, ya fuese humano o de otro tipo—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Trata de calmarte. Estoy pensando.



—Estupendo.

—El submarino tardará todo el día en salir de la bahía. Tal vez podamos encontrar un barco y llegar hasta ellos.

—¿Cómo? Esos Segadores arrasaron con las embarcaciones del puerto cuando abandonaron la barcaza. Están todas destrozadas. Afróntalo: hemos perdido nuestra oportunidad.

—Entonces podemos coger un coche y alcanzar el submarino en Newport. Allí debe de haber toneladas de barcos.

—¿Y después qué? Ya viste lo que les ocurrió a esos tíos que atacaron el submarino.

—Sí. —Todd deseaba poder olvidarlo. Él y Ray habían presenciado el horrible espectáculo desde la orilla: aquellas abultadas masas de carne emergiendo de las bahías de misiles del barco y explotando en mil tentáculos para arrojar al olvido a toda la fuerza de asalto del Dopa—. ¿Qué coño fue eso?

—No lo sé, pero ahí dentro algo va realmente mal. Sea lo que sea, no quiero verlo más de cerca.

—Bueno, ¿adónde te gustaría ir?

—Solo quiero quitarme este traje. Tengo sed, tío.

—Yo también. Empecemos por encontrar algo de beber.

—¿Cómo coño vamos a ser capaces de beber nada con estos cascos puestos?

—Hay algo llamado «pajitas», ganso.

Abandonaron la orilla del río de India Point y se dirigieron tierra adentro hacia la calle Gano. Por el camino se encontraron varios comercios pequeños, entre ellos una tienda de rosquillas y un supermercado de los que abrían durante las veinticuatro horas. Aquella misma calle estaba repleta de xombis unos días antes, cuando los chicos desembarcaron en busca de provisiones. Mala idea. Entonces no tenían trajes de Segadores y estaban totalmente indefensos contra el ataque azul que barrió a más de treinta muchachos en menos de media hora. Fueron los Segadores, con sus armaduras de carne, los que les salvaron la vida.

Esta vez no había ni Segadores ni xombis, y no tenían nada que temer aunque los hubiera. Estaban protegidos.

Todd y Ray probaron primero en la tienda de rosquillas. No les sorprendió encontrar los pastelillos incomibles después de cuatro meses, pero les decepcionó comprobar que las neveras estaban vacías y los grifos secos.

—¡Cuidado, rosquillas zombis! —gritó Todd, arrojando un bollo al casco de carne de Ray. La bola rancia estalló en un montón de migas.

—Oye, para ya, tío —dijo Ray con apatía.

Todd le lanzó algunos más, pero no pudo tentar a Ray a una guerra de bollos, así que desistió. Entraron en la siguiente puerta, en el supermercado, decorado con un gran letrero de Pepsi en la fachada. Nada. Era incluso peor que la tienda de rosquillas.

—Pero qué mierda, tío.

No había ni siquiera restos de comida. Ratas, ratones y gusanos habían eliminado toda materia orgánica. Todo lo enlatado y embotellado había sido eficientemente saqueado; los estantes estaban vacíos. Y el pillaje había tenido lugar recientemente, unos días atrás como máximo, pues las pisadas de barro estaban frescas. Aquello no era obra de saqueadores cualesquiera en pleno ataque de pánico. Era cosa de los Segadores.

—Mierda, tío, es cierto —dijo Todd—. Por aquí no vamos a encontrar nada. Los Segadores se lo llevaron todo. Desvalijaron toda esta zona, ¿recuerdas?

—Estupendo.

—Pero no pueden haber entrado en las casas una a una. Vamos, solamente tenemos que ir de puerta en puerta.

—¿Te refieres a entrar en las casas de la gente, Holmes?

—Sí, ¿por qué no? Tampoco es que vayan a regresar.

—No sé... es como profanar a los muertos, o algo así.

—En realidad no. No es más que dar buen uso a algo que en cualquier caso se va a desperdiciar.

—Oye, Todd...

—¿Sí?

—Tengo que ir al baño.

—Lo sé. Llevo una hora aguantándome las ganas de mear.

—No es solo mear.

—Vale, trata de aguantarte.

—Demasiado tarde.

Eran prisioneros de la carne, golems de carne cruda condenados a vagar por los páramos hasta ahogarse en su propia inmundicia. Ray esperaba tardar algo menos en morir, ya que le habían disparado en un costado, pero solo eran especulaciones suyas, pues no había modo alguno de examinar o tratar la herida. Al menos no dolía, y había dejado de sangrar, algo era algo.

De cuarenta chicos que habían desembarcado, solo habían sobrevivido ellos dos. ¿Lo habían conseguido por ser más hábiles o más inteligentes? ¿Eran sus poco habituales agallas lo que les había permitido sobrevivir a sus compañeros? ¿Acaso los demás, simplemente, eran débiles?

No. Por mucho que lo hubiesen deseado, tanto Todd como Ray sabían que no tenían nada de especial. Aquello era lo que los obsesionaba: la idea de que los más fuertes, los más listos y los que más mérito tenían hubiesen muerto en su lugar. Tíos valientes como Sal DeLuca y Kyle Hancock se habían sacrificado para que vagos don nadies como ellos pudieran escapar. No era justo. Pero mientras Todd vagaba por las desvalijadas calles de su ciudad natal, contemplando a través de sus informes agujeros para los ojos a la pesadilla viviente que era su único acompañante, y sabiendo que él también era un horror, ambos condenados a aquel destino ridículo e incomprensible, se dio cuenta de que tal vez hubiese algo de justicia en aquello, después de todo.

A lo mejor los muertos eran los afortunados.

Al doblar una esquina se toparon con un Elvis azul. Iba vestido con un traje de poliéster azul y blanco cubierto de lentejuelas, una capa dorada y unas botas de gamuza azul.

El Elvis azul preguntó:

—¿Buscáis a alguien, chicos?

—¿Quién coño eres tú? —preguntó Ray.

Todd le advirtió:

—No hables con ese xombi, tío. ¿Estás loco?

—Me ha hecho una pregunta.

—Ignóralo y sigue andando.

Elvis se pegó a ellos como un insistente limosnero.

—Compañeros, parecéis perdidos —dijo—. Tal vez yo pueda ayudaros a encontrar lo que estáis buscando.

Todd le espetó:

—¿Pero a qué puta clase de xombis perteneces tú? Déjanos en paz de una puta vez, tío.

—Pero ¿qué forma es esa de hablarle a un compañero viajero en la carretera de la vida? —El hombre azul se animó mucho de golpe, corrió delante de ellos y llamó su atención hacia una bulliciosa masa de hormigas que rodeaban una grieta en el asfalto—. Echad un vistazo a esto, justo aquí. ¿Sabéis lo que es? Lo que tenemos aquí es una guerra, con dos razas que se matan la una a la otra: la negra y la roja. Llevo observándolas todo el día. —Sacudió la cabeza, pulcramente peinada—. ¡Mira cómo avanzan, tío!

—Odio los bichos —dijo Ray.

—¿Los odias? Solo están haciendo lo que es natural. El odio está en su ADN, exactamente igual que en el nuestro. El único modo de detener su lucha es modificar su estructura genética fundamental. No lo harán voluntariamente, ¡eso te lo aseguro! Pero «odiar»... ¡Vaya, uf! ¿Cómo puedes odiar algo de este hermoso mundo? —Se quitó las gafas de sol y se enjugó una lágrima imaginaria—. Sobre todo sabiendo que pronto no quedará nada de él.

—Oh, mierda —susurró Ray—. Es él, Todd. Creo que es él.

—¿Quién?

—¡Miska!

—Qué va. —Todd se volvió hacia el hombre azul—. ¿Eres Uri Miska?

—Tengo debilidad por que me llamen Rey.

—¿Lo ves? No es él.

—¡Es una broma! —El hombre sacudió la cabeza afablemente. Con acento británico, declamó—: ¡El rey ha muerto! ¡Larga vida al rey!

Todd dijo:

—Venga, salgamos de aquí.  
 El hombre les cortó el paso, inclinándose con rigidez.  
 —¡Uraeus Miska, a su servicio!  
 —¿Qué? ¿En serio?  
 —¿Sorprendido? Sí, soy yo. Parafraseando a otro gran libertador: «Yo tuve un sueño». —Alzó los brazos hacia el cielo—. ¡Un sueño en el que todos los hombres espiraban!

Todd susurró:

—Eso son gilipolleces. Este tío está loco.  
 —¡Enhorabuena! —gritó Miska.  
 —¿Por qué?  
 —Por haberme encontrado. Dicen que a un buen hombre es difícil encontrarlo. Considerando la cantidad de gente que no deja de encontrarme, no debo de ser muy bueno... o puede que llame demasiado la atención. ¿Qué opináis? —Adoptó una pose heroica.

Ray no pudo contenerse más.

—Ay, Dios mío —dijo—. ¿Puede ayudarnos? Necesitamos deshacernos de estos trajes.

—¿Por qué? El hábito hace al monje.

—En serio, señor, estamos en problemas. Si nos ayuda, haremos todo lo que podamos para ayudarlo a usted.

—¿Qué os hace pensar que puedo ayudaros... o que vosotros podéis ayudarme a mí?

—¡Usted es científico! ¡Es famoso! ¡Usted inventó el agente X!

—Yo no tengo nada que ver con esos «trajes»; eso es obra de otro. Mirad qué desastre. Espero que tengáis garantía de devolución.

—¡No son nuestros! ¡Solo los robamos para poder escapar!

—Os salió el tiro por la culata, ¿eh?

—Tiene que ayudarnos, por favor.

—Vale, dejad que me lo piense. Sentaos, y os contaré una historia. ¿Sabíais que ahora mismo nos encontramos en el lugar en el que se libró una batalla? Antes que la de las hormigas, quiero decir. La guerra entre los negros y los azules.

—¡Venga ya, tío! —Desesperado, Todd dijo—: Ayúdenos o lo mataremos.

—Eso sí que sería un buen truco —dijo Miska—. Y ahora sentaos, sentaos.

Los chicos empezaron a sacudirse de repente como marionetas de carne. Sus cuerpos se doblaron en contra de su voluntad, movidos por la armadura de carne. Con una fuerza increíble y no demasiada suavidad, los obligó a sentarse con las piernas cruzadas frente a Miska.

—¡No me jodas, tío! —gritó Todd, dolorido. Se sentía como si lo hubiesen estrujado como a una esponja mojada.

Llorando, Ray se quejó:

—Estupendo.

—Lo siento —se disculpó Miska, sentándose él también—. Sigo cogiéndole el tranquillo a esto.

—¿Qué es esto, tío? ¿Qué demonios nos está haciendo?

—Esa carne que lleváis encima me obedece. Eso ya es algo, ¿no? Yo desarrollé originalmente la tecnología para controlar los implantes ortopédicos. Cada morfocito ménade es un nanotransmisor-receptor sincronizado con una serie de electrodos en mi corteza cerebral. Activa una reacción más celular que neuromuscular, que permite un grado bastante extraordinario de control. Solamente es cuestión de dominar la complejidad, como aprender a montar en bici. O en un millón de bicis. Las propias células amplifican y transmiten la señal, propagándola en la hemoglobina, rica en hierro, e incluso en la mismísima Tierra, para formar una amplia serie de datos inalámbricos, una verdadera red celular. Lo que yo llamo el «puño de mil millones de dedos».

Recapitulando, Todd preguntó:

—¿Está diciendo que puede controlar a los xombis?

—Sí.

—¡No me joda! Hizo que mataran a nuestros amigos y a nuestras familias, ¡hijo de puta! ¡Usted mató a todo el mundo!

—Lo sé, suena bastante mal, mirado así. Supongo que eso explica por qué la gente está tan furiosa conmigo.

—¡Que le den! ¡También podría matarnos a nosotros, cabronazo!

—¿Quién ha dicho nada de matar a nadie? Yo nunca he matado a nadie. ¿Cómo comienzan estas cosas? No se ha matado a nadie, ¿comprendéis? Literalmente, nadie que haya sido inoculado con el agente X ha muerto.

—¡No, solo se han convertido en xombis, que es peor!

—¿Peor que la muerte? Creo que deberías consultárselo a ellos. Están bastante contentos, creedme.

—¡Pero si ni siquiera son humanos! ¡Son monstruos!

—¿Monstruos? Los seres humanos son monstruos. ¿Alguna vez has visto la MTV? Al contrario que Will Rogers, yo nunca he conocido a un hombre que me gustase demasiado,<sup>2</sup> por eso resulta tan irónico que sea yo el que deba salvar a la raza humana de la aniquilación cuando llegue el final.

—¿De qué coño está hablando?

—Ah, sí. ¿No os habéis enterado? El final está por llegar. De ahí arriba. El final de la vida en la Tierra: cada pájaro, cada abeja y cada mariposa monarca reducidos a añicos, no con un sollozo, sino con una explosión<sup>3</sup>. Los únicos supervivientes serán los gusanos de tubo de las profundidades marinas y alguna bacteria resistente... Y tal vez mis xombis.

Ray preguntó:

—¿Se refiere a esa tal Gran Enchilada de la que hablaban los Segadores?

El hombre azul lo miró y estalló en sonoras carcajadas.

—¿«Gran Enchilada»? ¿De verdad? ¿Así es como lo llaman? No «Martillo de Dios» o «Shiva el Destructor». Gran Enchilada, ¡vaya! —Serenándose, añadió—: La palabra es «Encélado».

<sup>2</sup> N. de la t.: Will Rogers (1879-1935) era un actor, cómico, escritor, conferenciante y filántropo estadounidense muy conocido y querido en su época. Antes de morir, sugirió que su epitafio fuese: «*I joked about every prominent man in my lifetime, but I never met one I didn't like*» («A lo largo de mi vida bromeeé sobre todos los hombres importantes, pero nunca conocí a ninguno que no me gustase»).

<sup>3</sup> N. de la t.: Referencia al poema *The Hollow Men* de T. S. Eliot (traducido a español como *Los hombres vacíos*, o *Los hombres vanos*), cuyos últimos versos rezan: «*This is the way the world ends / This is the way the world ends / This is the way the world ends / Not with a bang but with a whimper*» («Así es como el mundo acaba / Así es como el mundo acaba / Así es como el mundo acaba / No con una explosión sino con un gemido»).

Digamos que es un caballo de Troya que liberará a un enemigo de proporciones e intenciones desconocidas. Lo único que sé es que su objetivo somos nosotros. Está al caer, y debemos estar preparados para detenerlos.

—¿A quiénes? ¿Extraterrestres o algo?

—O algo.

—¿Detenerlos cómo?

—Con mi puño. Ahora callaos, chicos, y dejad que os cuente la historia de la masacre del día de la Caravana de Mujeres.

Uri Miska cerró los ojos como si reuniese fuerzas invisibles, y comenzó a hablar:

—Imaginaos una fila de Humvees con ametralladoras del calibre 50 montadas en el techo, vehículos blindados con torretas giratorias, tanques de verdad, avanzando por las calles de Providence. En algunos de los vehículos ondeaban banderas estadounidenses o habían pintado cruces y citas bíblicas. El día era tan cálido y soleado que parecía verano en pleno enero, como si fuese un desfile de cualquier Cuatro de Julio. Y como en cualquier desfile, había espectadores que vitoreaban... solo que en este caso los espectadores iban desnudos y eran azules.

»Al principio no eran demasiados. Apenas merecía la pena desperdiciar la munición de los soldados para dispararles, ya que salpicaban como melones podridos y quedaban reducidos a pulpa al paso de la comitiva. Pero de todos los rincones de la ciudad surgían más xombis, miles de xombis, sin apenas tocar el suelo con sus pies desnudos y con sus manos azules extendidas, como si se viesan atraídos magnéticamente hacia todo aquel estruendo metálico.

»Muchas de las criaturas habían estado vagando por la interestatal en dirección a la salida de la ciudad y ahora eran arrastradas de vuelta por aquella repentina superabundancia de hombres de sangre roja que buscaban pelea, por aquel carnaval itinerante de destrucción. Y a medida que la imparable horda desnuda descendía hacia la inquebrantable fuerza mecanizada, las xombis hembras (furias, arpías, ménades) se desmarcaban del grupo prin-



cipal quedándose entre las sombras de la retaguardia mientras los machos, menos cautos, avanzaban con decisión.

»Los machos estrechaban el cerco por todas partes, doblaban las esquinas y se apiñaban cada vez más. Los angostos cañones del centro de la ciudad canalizaban a la multitud en una masa no diferenciada, en un tsunami de cuerpos azules que atestaba la cuadrícula urbana como un fluido cáustico que lo barría todo a su paso. Y allí estaban, invadiendo Westminster desde cada costado, rodeando la columna móvil y abalanzándose sobre ella.

»La escabechina comenzó. Sobre las zonas más densas de la multitud llovieron terribles ráfagas de munición que la convirtieron al instante en globos repletos de gelatina reventados, con extremidades, cabezas y otros enormes fragmentos volando por doquier. Las ventanas de las plantas bajas se desintegraban por toda la calle, y las tiendas y restaurantes quedaban destrozados por ventiscas de metralla. En cuestión de minutos, y de diez millones de disparos, la masa de criaturas fue reducida por completo. Los vehículos prosiguieron su marcha sin apenas haberse detenido para entablar combate con el enemigo. Realizaron algunos disparos aleatorios al divisar a algún xombi más, pero la batalla había terminado.

Miska levantó el dedo y, a continuación, lo movió lentamente.

—O tal vez no. Mientras las ruedas de la columna de tanques circulaban sobre su adversario hecho papilla, podía percibirse movimiento entre los restos: todas aquellas partes del cuerpo destrozadas seguían en pie de guerra.

»Nervios aplastados se pegaban a las ruedas; los tendones envolvían los ejes como si fueran caramelo masticable y engomaban los frenos, los amortiguadores y las armas de los vehículos; cartílagos animados serpenteaban bajo los chasis, obstruían las bielas del motor y atascaban los exhaustos tubos de escape; manos huesudas se escabullían como arañas por las cajas de fusibles y tiraban de los cables al azar; trozos de carne venosa cubrían los parabrisas y las cúpulas de observación.

»La maquinaria bélica se agarrotó. No todos los vehículos eran igualmente vulnerables, pero los que sí lo eran bloqueaban a los demás, así que muy pronto la comitiva entera se detuvo.

»Salieron unos hombres enmascarados con largas antorchas de acetileno y aplicaron sus incandescentes efectos sobre la alfombra de carne para apartarla de los vehículos y crear una zona limpia para que los mecanismos pudiesen funcionar. El hedor a carne quemada inundaba el aire. Al principio, la técnica parecía resultar: el enemigo despiezado retrocedió para formar un furioso dique alrededor de la zona despejada, pero cada vez que los hombres aflojaban el ritmo durante un solo segundo, la línea se rompía invadida por una viscosa masa de vísceras. A medida que el espeluznante dique crecía en altura, se hacía más difícil controlar todas las incursiones... y el efecto psicológico de aquel muro de cabezas parlantes y ruidosas entrañas debía de ser terrible.

»Enseguida empezaron a debilitarse las defensas. Los hombres eran acosados por resbaladizos fragmentos que se deslizaban bajo sus pantalones y se introducían por sus orificios. Los vehículos también estaban infestados, así que las tripulaciones se vieron obligadas a distraer su atención de la amenaza externa para centrarse en la pestilencia más inmediata de las cabinas. Aquello fue un fiasco: todos los hombres luchando contra un enemigo invisible, rasgándose su propia ropa como si fueran alcohólicos con delírium trémens.

»Por fin dieron orden de retirada. Los hombres, enloquecidos, retrocedían, amontonándose para entrar en las cabinas abarrotadas con sus también enloquecidos compañeros, perseguidos por oleadas de cebo retorcido. Las armas disparaban de forma indiscriminada hacia la envolvente masa mientras la columna intentaba avanzar y los tanques chocaban entre sí. Los tiradores, aterrorizados, se disparaban los unos a los otros, y los vehículos más pesados empujaban a los más ligeros fuera del camino, o simplemente les pasaban por encima. Los tanques de acetileno, al explotar, arrojaban cajas de proyectiles que se prendían y derramaban combustible. Una cadena de violentas explosiones sacudió la columna entera. Dos

vehículos oruga (un tanque Abrams y un vehículo de combate Bradley) se salieron de su camino y se precipitaron calle arriba cubiertos por un manto de llamas y carne achicharrada.

»Unas cuantas manzanas más adelante, la calle Westminster moría en una intersección con la calle Empire, en la cual había un pub irlandés y un cuartel de la Guardia Nacional. El Abrams llegó primero, pero no se detuvo, ni giró, ni siquiera aminoró la marcha, sino que se limitó a embestir a ciegas la fachada de ladrillo del edificio federal, atravesando los pilares de carga. El Bradley lo siguió, lo cual causó que toda la estructura se derrumbase sobre ambos vehículos. Lo último que se oyó fue el estallido de la munición entre las llamas... y tal vez unos cuantos disparos de revólver mezclados entre todo el jaleo.

»Aquello fue un punto de inflexión en la historia de la humanidad: la primera batalla entre carne y máquinas en la que la victoria fue para la carne.

»La siguiente batalla fue muy diferente. Los hombres habían aprendido la lección. Comenzó dos semanas después, y la inició un simple vehículo sin arma alguna: un camión de helados. Como cualquier camión de helados, llevaba un altavoz en lo alto que hacía sonar una alegre versión del popular himno *When the Saints Go Marching In*. A diferencia de los camiones de helados convencionales, este tiraba de un remolque de plataforma con una gran jaula de tela metálica, una especie de perrera portátil. No obstante, la jaula no contenía perros, sino seres humanos; concretamente, mujeres. Mujeres inocentes encarceladas por la amenaza que suponía su sexo. Parecían estar rezando.

»El motivo de sus oraciones enseguida se hizo evidente. A muy pocos metros del camión, siguiéndolo muy de cerca, corría una masa ingente de xombis. Aquello parecía la maratón de Boston, pero con gente azul y desnuda.

»Al aproximarse al lugar en el que había tenido lugar la batalla anterior, el camión apagó la música y redujo la marcha para permitir que un hombre que iba en la parte trasera soltase el enganche del

remolque. La jaula quedó libre y rodó hasta detenerse mientras el camión se apartaba.

»Entonces a las mujeres enjauladas no les quedó otra opción que esperar a que la horda que las seguía llegara hasta ellas: xombis altos y bajos, gordos y delgados, jóvenes y viejos. Xombis de todo tipo excepto de un tipo concreto: las mujeres inicialmente portadoras del agente X, las ménades, que se habían convertido espontáneamente para luego transmitir la enfermedad a todo el que pudieran atrapar... y besar. Una vez más, estas multitudes menos impulsivas volvían a quedarse atrás mientras observaban desde las sombras.

»Al contrario que ellas, yo no pude soportar ver cómo rodeaban la jaula. Lo peor no eran los muertos que corrían, sino los que se arrastraban; los malditos restos que habían quedado de la batalla anterior, los cuerpos medio congelados que habían cicatrizado uniéndose unos a otros en extrañas y horribles formas y que ahora reptaban fuera de los locales y se acercaban como una insólita invasión.

»En cuestión de segundos, la jaula se convirtió en un óvulo enterrado bajo un millar de espermatozoides que competían entre sí. Se podía oír chillar a las víctimas mientras la jaula se abollaba... y entonces todas se desvanecieron con un cegador fogonazo.

»Era fuego. Fuego blanco y brillante como el sol. Llovían unas chispas relucientes, como si fuese una lluvia de estrellas, solo que abrasaban todo lo que tocaban, incineraban piel y cabello, y convertían a los xombis en velas andantes, en grandes bolas de fuego; sus cuerpos eran consumidos incluso desde el interior por tumores de llamas malignas. Antorchas inhumanas huían de la hoguera despidiendo capas de carne como si de hojas muertas se tratase, hasta que no les quedaba nada que pudiese arder; entonces caían derribados como siluetas de papel, reducidos a escombros derretidos.

»En el río había más fuegos. Los braseros flotantes que en su día se habían llenado de leña para disfrute de los turistas que paseaban, ahora se llenaban de mujeres vivas y suplicantes para

atraer a una audiencia de ávidos espectadores azules hacia las orillas del río, hasta la capa de cieno que alcanzaba la altura de las rodillas, de la cual no había escapatoria posible frente al aluvión incendiario que se liberaba sobre ellos, una resplandeciente tormenta de granizo que arrasó absolutamente todo lo que había en aquella abrasadora zanja hirviendo.

»Al otro lado de la ciudad, colgadas sobre la calle, un par de máscaras gigantes forjadas con rejilla de acero (los rostros teatrales de la comedia y la tragedia) se llenaban también de chicas vivas y se permitía que se convirtiesen en objetos de profundo culto antes de que un camión cisterna fuese detonado en el tejado y arrojase fuego líquido sobre toda la congregación.

»Estas trampas de fuego se habían puesto en ciudades de todo el país, de todo el mundo, y en un día inmolaron a millones de xombis, tal vez decenas de millones... además de a miles de mujeres no infectadas.

»Providence ardía, o al menos algunas partes de ella. Es una ciudad antigua, construida en la época del ladrillo y la piedra, y sus muros son resistentes al fuego. Una gran parte de los edificios más nuevos desapareció, en algunas zonas manzanas enteras, pero tras unos pocos días de granizadas y nevadas intensas, el infierno se extinguió. Y entonces todo terminó. Todos los depósitos de lo que parecía alquitrán se congelaron enseguida y quedaron cubiertos de una gruesa capa de hielo. Providence estaba purificada.

»Fue entonces cuando aparecieron los hombres, los instigadores del holocausto. Eran una confederación de lo más peculiar, cuyo punto en común era que todos ellos habían sobrevivido a la plaga gracias a su aislamiento de las mujeres, y que ahora creían que se trataba nada menos que de una cuestión de la divina providencia: el agente X era un castigo de Dios por el pecado original. Las mujeres eran el enemigo, instrumentos de Satán, y lo único correcto y adecuado era quemarlas para salvar sus almas inmortales. Aquel fue un evangelio muy oportuno, y mucha gente desesperada se unió a la iglesia, incluidas no pocas mujeres.

Todd preguntó:

—¿Por qué nos está contando todo esto?

—Porque esa gente sigue por ahí, incluso después de todos estos meses. Yo los saqué de Providence, los envié a refugiarse fuera de la ciudad, pero están regresando. De hecho, últimamente están experimentando un cierto renacer, extendiendo su evangelio a lo largo y ancho de estas tierras como una especie de espectáculo ambulante de la resurrección. Resurrección en sentido literal: están devolviendo a los xombis a la vida mortal.

—¿A la vida mortal? ¿Quiere decir que los están curando?

—Sí, pero no a xombis cualesquiera. Están bautizando fundamentalmente a moguls xombis, magnates de avanzada edad que fueron lo bastante previsores como para embalsamarse a sí mismos en agente X con anterioridad a la plaga. Al ser devueltos a la vida, estos hombres siguen disponiendo de una gran cantidad de recursos a sus órdenes, y ya no necesitan armas, ni verjas, ni envolverse a sí mismos en carne muerta para sobrevivir. Pero sí que necesitan mujeres, mujeres inmunes, para retener su humanidad... y para procrear. ¿Entendéis lo que eso significa?

—¿Que están jodidos?

—Significa que son una amenaza para la supervivencia de nuestra especie. Sobrevivieron a la plaga, pero no pueden sobrevivir al Encélado. Tal vez sean inmunes al agente X, pero son perfectamente vulnerables a las heridas ordinarias y a la muerte, y todos los días crece el número de nuevos inmunes. Los xombis no los tocarán, y yo tampoco puedo hacerlo.

Todd dijo:

—Tal vez deba intentar explicarles todo esto a ellos.

—Ah, ya lo he hecho. Pero después de cómo los espanté y los ahuyenté fuera de la ciudad, no están demasiado receptivos a consejos útiles. De hecho, creen que soy el diablo y han vuelto para asesinarme. No, yo no puedo ayudarlos. Pero tal vez alguien más pueda hacerlo.

De repente, Todd y Ray notaron cómo sus trajes se ponían rígidos, las costuras reventaban y, abruptamente, las cápsulas de carne de sus cascos se abrían como vainas de algodón para dejar al

descubierto sus asombrados rostros sudorosos. Entonces cayeron hacia abajo y se separaron de su cuerpo como si unas cuchillas invisibles las estuvieran esquilando. La carne liberada se soltó con violencia de sus nalgas sentadas y se escabulló en un desdibujado, peculiar y aleteante movimiento.

Liberados del agobiante traje de carne, los dos chicos gritaron aliviados e inmediatamente rasgaron las jaulas de alambre de sus cabezas para poder frotarse sus rostros incrustados de porquería. Ray se palpó la herida de bala y descubrió que estaba casi curada, que en su costado solo tenía un hoyuelo rosado y de aspecto sano. Entonces se quedó paralizado.

Ambos chicos se quedaron helados, y su corazón se detuvo al unísono. *Escucha*. Se oyó un ruido en la distancia: el lastimero, imposible e inconfundible silbido de un tren. ¡Venía un tren! Justo al otro lado de la colina. Y si había un tren, había gente; y donde había gente, había vida. Los atónitos ojos de Ray se toparon con los de Todd, y llegaron a un acuerdo tácito de inmediato: correr.

Y corrieron.